

**EL DESENCANTAMIENTO DEL NUEVO MUNDO.
VIAJE DE UN MERCANTE FLORENTINO
AL PAÍS DE LA POBREZA (GALEOTTO CEI, 1539-1553)**

Amanda Salvioni

Università degli Studi di Cassino

1. Volver de allá sin un gran tesoro.

Las desafortunadas andanzas por el Caribe y el Nuevo Reino de Granada de Galeotto Cei, viajero y mercante florentino, constituyen la materia del *Viaggio e relazione delle Indie*, un manuscrito autobiográfico de 161 folios conservado en el British Museum y editado en Roma por primera vez en 1992. Respecto a los de otros y más conocidos viajeros europeos a la Indias, el testimonio de Cei tiene rasgos de singular interés. Su texto se configura como un verdadero relato de viaje, no sólo porque su organización interna sigue la lógica espacial de los desplazamientos geográficos del autor, sino también por el marcado carácter autobiográfico y subjetivo que lo acerca sorprendentemente a la acepción moderna de ese género textual.

El manuscrito del *Viaggio* no lleva fecha cierta sino que es posible, por referencias internas al texto, ubicar el comienzo de su redacción en 1556, es decir a los tres años del regreso definitivo de Cei a Europa¹. Sabemos por otra fuente autógrafa² que en esa fecha Cei, de regreso de una breve estada en Marruecos, se encontraba en Francia, viajando por negocios entre Lion, París y Rouen (Cei: 144). Considerado este último dato, el uso del deíctico *acá* en el *Viaggio* –“Qua in Normandia”³ (23)– referido a esa región francesa, corroboraría la hipótesis cronológica.

El relato de Cei está dedicado “Al molto magnifico et suo honorabile messer Bartolomeo Delbene”⁴ (1), mercante florentino pariente del más conocido Niccolò del Benino, vecino de Potosí y explotador de minas de plata⁵. Niccolò y Galeotto debían de haber trabado amistad en las Indias, como demuestra la copia traducida al italiano de una carta del primero de los dos, fechada en 1564 y dirigida al propio Cei, con quien, evidentemente, Niccolò del Benino había quedado en contacto después de la vuelta de éste a Europa⁶. Escrita en tono confidencial y hasta a veces intensamente me-

lancólico⁷, la carta, como el propio *Viaggio* de Cei, es un testimonio de los estrechos vínculos existentes entre miembros de la clase mercantil florentina con intereses en las Indias⁸. La existencia de dichos vínculos, aludida continuamente en ambos textos, explica el hecho de que Cei dedicara su obra a un par suyo, y no a un destinatario institucional, ligado a la política colonial, como ocurre en la mayoría de los testimonios de viajeros españoles. Por otra parte, en la dedicatoria de Cei aparece, además del pariente de Del Benino, otro destinatario explícito, esta vez colectivo: los “amigos y enemigos” del autor, representativos del dilatado auditorio de hombres curiosos en Europa, “che mai non mancano alcuni per sapere le cose di là, giusto et honesto desiderio”⁹ (1). Dicho auditorio configura el horizonte de expectativas al que el texto trata de responder. Sin embargo, en la simple y lacónica retórica del exordio, Cei parece renunciar precisamente a la dimensión pública de su escrito y dejar la selección de sus lectores en manos del destinatario individual, Bartolomeo Delbene: “Io scrivo questo per chi voi vorrete e non per altri”¹⁰ (1). De esa forma, Cei desvincula aparentemente el *Viaggio* de una intencionalidad explícita y exclusiva, identificada con los intereses de un grupo social bien definido: el de los mercantes.

En realidad, como se verá, el lector implícito de Cei es, sin duda, el potencial inversor italiano en las Indias, aunque su presencia interna al texto se manifiesta con matices singulares: a los lectores-mercantes, percibidos como interlocutores recelosos, Cei debe explicar ante todo su fracaso personal, para poder adquirir la credibilidad necesaria de narrador verídico. Su figura de autor se construye, entonces, por medio de discretos guiños al lector y del uso, de vez en cuando, de una irresistible ironía, destinada a desmentir mitos y lugares comunes y a revestir sus peripecias con el halo fatalista de la mala suerte.

Que el objetivo principal de su viaje había fallado queda claro desde el incipit: Galeotto Cei había vuelto pobre de las Indias, y se apresuraba a justificar por escrito su fracaso hasta convertirlo en el móvil primario del texto: “come se fussi vituperio a tornare di là senza un gran thesoro”¹¹ (1). El equívoco que más urgentemente le interesaba aclarar era la errónea extensión del Mito del Perú a todas las tierras de Indias: “che di molti pensano ancora tutta l’India essere el Perù, o el Perù tutta l’India, s’ingannano”¹² (76). El surgimiento del mito del Perú, que tan velozmente se había difundido en Europa al ritmo de las hiperbólicas e inmediatas traducciones italianas de los primeros testimonios españoles, había sorprendido y sojuzgado al mismo Cei en Santo Domingo, donde se encontraba a fines de los años 30 para establecer comercios. Después de 13 años de peregrinaciones en Tierra Firme, y sin haber podido alcanzar el Cuzco ni Potosí, Cei volvía al Viejo Mundo cuando ya la fama del oro peruano se había vuelto indiscutible, haciendo más

estridente su fracaso económico¹³. De regreso a Florencia en 1560, para colmo de males, Cei debió soportar los ecos insolentes del carnaval del año anterior, cuando el cortejo disfrazado, de la ciudad de los Medici, había entonado un alegre *Canto di giovani fiorentini tornati dall'isole del Perù*:

Non molti giorni però son passati,
 che dall'ultime parti di ponente
 ricchi siamo in Firenze ritornati [...]
 L'isole del Perù son nominate,
 dov'abbiamo acquistato il *gran tesoro*:
 queste pietre smeraldi son chiamate [...]
 quest'altre verghe son d'argento e d'oro [...]¹⁴. (Gerbi:35)

A Cei, que no tenía un *gran tesoro* para exhibir, sólo le quedaba la experiencia del viaje para entretener el auditorio curioso y malévolo de sus amigos y enemigos. Y sin embargo, el florentino no cedía a la tentación de suplir con la fabulación la riqueza material que no había podido alcanzar, sino que elegía contar el viaje en su concreta y escueta realidad, hasta recrear una desencantada epopeya de lo cotidiano en el Nuevo Mundo. Asimismo, Cei hacía de su experiencia un *tesoro*, ostentando un saber adquirido pragmáticamente, útil para descifrar la realidad indiana en vistas de su posible conversión en fuente de riqueza, para los futuros y más advertidos viajeros-inversores.

La revisión del mito del Perú como autojustificación del fracaso personal implicaba, para Cei, la adhesión a la faceta antihispánica del mito mismo, cuyos topoi, en el *Viaggio*, son reconocibles hasta en ciertas elecciones lexicales que denuncian en el florentino, la memoria viva de la lectura de la *Brevísima descripción de la destrucción de las Indias* de Bartolomé Las Casas¹⁵. Si es cierto que la *vulgata* lascasiana había brindado el inventario lexical e ideológico a la envidiosa reprobación de los otros europeos por las despreciables modalidades de la conquista española de las Indias, del mismo modo, en el *Viaggio* de Cei, ésta aparece representada como *destrucción*, evidente eco lexical de dicha *vulgata*: “se [il] re avesse posto questo rimedio in principio, non saria *distrutta* gran parte d'India com'è oggidi”¹⁶ (90). *Contrappasso* ideal de tan grave culpa cometida por los españoles sería la *maldición*, concepto igualmente de origen lascasiano, de ese oro mal cobrado: “tutto se lo portava via il diavolo, come cosa di malo acquisto”¹⁷ (90). El texto de Cei delata la lectura de Las Casas incluso en la narración de las anécdotas que a menudo acompañan sus consideraciones en contra de España. El episodio del tentativo de suicidio colectivo por parte de los indios encomendados al conquistador Vasco Porcallo, evitado a último momento por una estratagema de este último, reproduce, como en un molde narrativo, el relato de Las Casas sobre la ejecución del cacique Hatuey. Los indios de Porcallo son disuadidos por

el encomendero, quien los amenaza con suicidarse él también y con seguirlos en el más allá, del mismo modo en que Hatuey, reflexionando sobre la presencia de los españoles en el paraíso, decide ir al infierno para no estar donde ellos estuviesen¹⁸. La anécdota contada por Cei, si bien tiene protagonistas y ambientación distintos, reproduce evidentemente en su epílogo la misma dinámica del cuento de Hatuey, lo que ual testimonia la memoria activa del repertorio lascasiano por parte del florentino. No es secundario, sin embargo, que la elección entre paraíso e infierno a la que se ve obligado Hatuey, quien rechaza la conversión optando decididamente por el infierno, se transforme en el cuento de los indios de Porcallo, en la alternativa entre el cielo y la tierra, con lo cual Cei opera la radical identificación del infierno con la condición terrena de la esclavitud de los indios americanos. De todas formas, el mismo Cei indica que se trata de un episodio de segunda mano y concluye a su manera, a través de una sabia sentencia del refranero popular – “se non fu vero fu un bel trovato”¹⁹ (10)– rescatando la funcionalidad retórica de la anécdota para demostrar la brutalidad de la conquista española²⁰.

Cei, sin embargo, no llega a hacer del antihispanismo el eje de su narración, como ocurriría con la *Historia del Mondo Novo* de Girolamo Benzoni. La obra del viajero milanés, pocos años posterior al relato de Cei, estaba destinada a convertirse en el manifiesto de la oposición protestante a la conquista española de América, gracias a la coherencia y eficacia con la que Benzoni, sometiendo el relato de viaje a las exigencias de la argumentación, demostraba su tesis ferozmente antihispánica. Si se lo compara al texto de Benzoni, el relato de Cei parece responder más bien a otras inquietudes. Más allá de las instancias morales del dominico o del odio a España, el argumento que más congeniaba con Cei, y en particular con los florentinos pertenecientes a la clase mercantil, era el desprecio por la pésima conducta empresarial y la falta de iniciativa comercial de los colonizadores. Precisamente en eso consiste la mayoría de las críticas antihispánicas del florentino: “gli spagnoli non sono persone che vogliono experimentare niente, ma sono grossi et così vi perdono assai [...]”²¹ (5). He ahí el juego de reenvíos que Cei establece en el texto: a su personal y confesada incapacidad, admitida con ironía a lo largo del relato, corresponde la general ineptitud y el mal gobierno de los españoles en Indias. La adhesión de Cei al discurso de Las Casas cesa precisamente donde empieza la constatación de las responsabilidades de la mala administración del Nuevo Mundo: Las Casas, mal consejero del rey en el asunto de la abolición de la herencia de la encomienda, es, para el florentino, culpable de haber refrenado el ímpetu inicial del descubrimiento cohibiendo la iniciativa personal de los conquistadores, una vez que se les había negado la plena posesión de los frutos de sus conquistas²². Es tanta la participación de Cei en el descon-

tento de los conquistadores despojados de sus repartimientos, que el florentino no duda en acusar a Las Casas de haber provocado “infiniti mali” por su propia corrupción y codicia.

A pesar de reproducir tales acusaciones en contra de Las Casas, en su visión mercantilista *desde lo bajo*, Cei guarda una posición equidistante entre los dos polos de la contienda: los indios y los españoles. El maltrato contra los primeros y la injusticia para con los segundos se colocan en el mismo plano:

Fu el mal trattamento dell’Indi et come si distruggevano sendo proximi nostri che, invero, porre tassa et ordine a loro tributi et servitio, era honesto et giusto, ma torre a poveri cristiani el loro sudore con appropriarlo a se medesimo fu cosa crudele e inumana che il frate messe nel capo al re”²³. (12)

Sin embargo, más adelante, la visión lascasiana será recuperada por Cei, sin contradicción alguna, en la representación del Otro, a través de la denuncia de la absurdidad del requerimiento, de las formas forzosas e hipócritas de conversión, y de las modalidades crueles y violentas de la conquista.

De todas formas, más allá de las denuncias de maltrato y de la solidaria adhesión a las quejas de los conquistadores, en el despiadado escenario indiano pintado por Cei, los españoles, junto con los atónitos nativos, juegan sobre todo el papel de obtusos habitantes de un mundo inmerecido.

2. La tragedia de mi vida.

La vocación autobiográfica de Cei se manifiesta, además de en el *Viaggio*, en unas memorias²⁴ de las que el relato de las andanzas por el Nuevo Mundo constituye una ampliación intencionalmente autónoma²⁵. A pesar de la voluntad de contar en detalle y por separado el episodio indiano, los dos textos, el memorial y el *Viaggio*, resultan complementarios, pues en las memorias están explicitadas las circunstancias motivadoras del viaje mismo. Las memorias, además, contribuyen con evidentes estrategias discursivas a la conformación del yo autobiográfico, que se expresa en el *Viaggio* con idénticas características: una subjetividad constantemente ajena al contexto geográfico y cultural en el que le toca actuar y escribir; un yo escindido entre dos lugares de enunciación: Florencia, la ciudad de la memoria a la que pertenece social y culturalmente, pero de la que está expulsado, y el ancho y extraño mundo fuera de ella. El del narrador es un yo *desnudo*, según sus propias palabras, que se sitúa fuera de la realidad observada, adoptando una óptica desapegada y crítica, en tanto que el yo-personaje actúa en esa realidad como arrastrado por una *fortunae varietas* insondable y cruel.

Hijo de un notable florentino ajusticiado por haberse rebelado a los Medici, Cei vivió exiliado desde muy joven, y fue obligado a recorrer frenéticamente Europa y *Berberia* en busca de oficio y fortuna, al punto que sus memorias, atravesadas por un torbellino de itinerarios y topónimos, también pueden ser leídas como un gran relato de viajes. A cada paso la condición de ajenidad de Cei se repite y se multiplica, hasta dilatarse desmesuradamente en las Indias –donde es extranjero en tierra doblemente ajena– y no cesa tampoco con su definitivo regreso a Florencia.

Una suerte de alucinación de riqueza parece ser el único norte que orienta su conducta a lo largo de los años y de los territorios recorridos: el patrimonio familiar y personal de Cei entra y sale de sus bolsillos al ritmo veloz de sus desventuras. Es así que, además de los desplazamientos geográficos debidos al exilio, las memorias están pautadas por una serie de secuencias narrativas que reflejan ese vaivén patrimonial. Con apenas 17 años, lo alcanza en Lion, donde trabaja de aprendiz en el banco de los Salviati, la noticia de la ejecución del padre y del embargo de los bienes de familia. “et restai –apunta en el memorial– senza denari né credito et mali in arnese, di modo che posso dire restai ignudo, che fu *la prima volta*”²⁶ (141). Fallida su gestión ante Cosimo de Medici, quien le había prometido la devolución del patrimonio familiar, Cei es encarcelado como rebelde y, tras haber pagado su libertad, queda desnudo nuevamente, esta vez no en sentido figurado sino literal: yendo a bañarse a un río junto con diez compañeros, sólo a él le roban la ropa, y queda sin otro bien al mundo que sus zapatos, “che fu *la seconda volta* mi trovai infantem nudum”²⁷ (143). Desnudo otra vez, es decir, despojado de los signos distintivos de su identidad y de su pertenencia social y cultural, Cei se embarca a las Indias como natural consecuencia de su estado de hombre desterrado y pobre. Finalmente, las secuencias narrativas de la desnudez, explícitamente numeradas y francamente picarescas, siguen su parábola ascendente en el Nuevo Mundo, donde, por tercera y cuarta vez, por causa de naufragios y otras contrariedades, Cei pierde su fortuna trabajosamente acumulada con el comercio de perlas y ganados. De representación de su condición material, la desnudez, junto con su condición de extranjero, se vuelve metáfora de su estatus de observador doblemente desprejuiciado de la realidad ajena²⁸. Sin embargo, la mirada autónoma que Cei echa al Nuevo Mundo, no lleva al caminante a adaptarse al medio antropológico autóctono, como ocurre en el caso de otros y más célebres náufragos españoles, sino que recorta la realidad observada con el criterio utilitario de quien debe, por desgracia personal, satisfacer necesidades primarias. El sentido y valor del viaje, advierte Cei desde el principio del relato, no ha de buscarse en el enriquecimiento o en la variación del estado patrimonial, sino en los saberes adquiridos, en las modificaciones culturales y morales sufridas por el sujeto, en la in-

formación acumulada para el provecho de futuros y más diestros caminantes.

La pérdida del patrimonio y la *desnudez* consecuente del joven Cei son expuestas en las memorias como los móviles del viaje a las Indias, y constituyen, paralelamente, la secuencia introductoria del *Viaggio*, texto en el que, como es obvio, Cei se explaya sobre la experiencia americana, relatada sólo someramente en el memorial. El viaje, entonces, no se configura como servicio por mandato e instancia superior, como ocurre en la mayoría de las relaciones hispánicas, sino como iniciativa personal, debida a circunstancias de orden económico. Cabe añadir a esa consideración que Cei, en el *Viaggio*, manipula retóricamente la explicitación del móvil que lo impulsa a embarcarse a las Indias con el fin de introducir el yo-personaje como una suerte de anti-héroe. La atribución del rol social de viajero-mercante, que debería ser automática en su caso, pues Cei pertenece claramente a la clase mercantil y con ese oficio especializado llega y actúa en las Indias, es transfigurada, en cambio, con ironía y expresividad: “per disperato e povero [...] mi condussi a andare in India et per non pigliare del tutto el camino de la disperazione, v’andai come mercante”²⁹ (2). El estatus de mercader, lejos de ser signo de identidad y pertenencia socio-cultural, se transforma en la última opción, en el extremo y fortuito remedio a la pobreza y la desesperación, verdaderos móviles del viaje. Pobreza y desesperación –en fin, su *desnudez*– son los rasgos que caracterizan al personaje-Cei, y que no sufren variaciones substanciales a lo largo del camino, sino que se proyectan a la realidad americana en rotunda oposición con el mito de sus riquezas y promesas. De esa forma el texto expresa el desajuste entre mito y experiencia, en tanto el personaje reconoce en el espacio recorrido su trágica condición individual³⁰ y subvierte el horizonte de expectativas creado por el mito peruano.

Al móvil originario del viaje se suman, a lo largo del relato, las razones secundarias que determinan los desplazamientos internos. Impulsado en primera instancia por la desesperación, Cei llega a Santo Domingo, donde se queda durante “dua anni senza uscirne, dandomi bel tempo, ne’ quali attesi, piu che altri, alla guerra che vi fu con li Franzesi”³¹ (34) –en realidad atendiendo al comercio por cuenta de un florentino residente en España, Luigi da Ricasoli. Tras la muerte de éste, y la pérdida de su mandato comercial (y de la escasa fortuna acumulada), en 1541, Cei se embarca finalmente hacia Cabo de Vela, para ententar el comercio de perlas. No podía faltar, en ese contexto narrativo, un naufragio: la carabela se pierde en el golfo durante un temporal, y Cei es de los pocos sobrevivientes: “io restai *vestito da marinaio*, con una spada et rotella, el mio stiavo”³² (141). El naufragio, en este caso, no queda desnudo, sino que sufre un cambio de vestimenta: abandona el traje de mercante, lucido hasta ese momento con tan poco éxito, para aparecer

al lector vestido de marinero, aunque con armas y un esclavo, casi para mejor introducir el oficio acuático de pescador de perlas, objeto de la sucesiva descripción.

De vuelta a la Hispaniola, al cabo de un año de trabajo, Cei parece recobrar, con el estado sedentario, una existencia idílica y convivial, aun en su simpleza: “Tenevo un cavallo in stalla con duo stiavi; stavamo in una medesima casa Giovanni Soderini, Mauro Fantoni et io [...]”³³ (37). Se recompone, en esa casa compartida con los amigos, un microcosmos florentino en el que parece aplacarse la ansiedad patrimonial de Cei, gracias al sosiego de sus modestas pertenencias: un caballo, dos esclavos, los amigos. Sin embargo, precisamente del compañerismo con los florentinos residentes en la Hispaniola surge el móvil para más complicados y aventurados viajes por las Indias, pues los amigos se casan y empiezan a molestar al soltero para que haga otro tanto, con lo cual “per fuggire queste importunità cominciai a fare viaggi sotto diversi colori”³⁴ (37). Con los “distintos colores” bajo los que empieza a viajar, Cei alude, posiblemente, más que a las variaciones de la suerte y de sus fines y propósitos, a los distintos “trajes”, o sea oficios o roles sociales, que el viajero se ve obligado a ponerse. “Andai a fare la prima volta el *vetturale*”; “non harei auto vergogna a un *maniscalco*”; “mai avevo trattato come mercante, se non *soldato et mercante insieme*”³⁵ (38; 43; 76): marinero, carretero, herrador, soldado y mercader, los oficios varían al ritmo de las modificaciones del sujeto que el viaje mismo, en su calidad de topos existencial y textual, convencionalmente presupone. Además, la insistencia de Cei en subrayar los cambios de hábito parece formar parte de la autojustificación de su fracaso comercial a los ojos de quienes se reconocían, en tanto puros comerciantes, como miembros de una casta y de un grupo de poder y privilegio bien definidos en la sociedad corporativa de Florencia.

Lo cierto es que el traje de mercader parece ser el que menos le hace al a Cei: de vuelta a Cabo de Vela en una carabela cargada de maíz, caballos, mulas, telas y vino, en tan sólo cinco meses pierde su fortuna a causa de malas transacciones comerciales, hasta que un naufragio, esta vez no suyo sino de una nave española “carica di tutti i beni del mondo”³⁶ (38), cuya recuperación le es concedida por la autoridad judicial, le permite recobrar un discreto patrimonio. De vuelta a la Hispaniola, de nuevo asustado por la perspectiva matrimonial, decide tomar un camino más radical: “sendo sempre molestato di torre moglie, di modo determinai andarmene al Perù, che era quello desideravo”³⁷ (38). Será justamente la imposibilidad de alcanzar el Perú, tras la prohibición del virrey Blasco Núñez Vela, lo que literalmente *aplastará* a Cei entre dos inciertas alternativas, la odiosa perspectiva matrimonial en la apacible Hispaniola, y el espejismo fatal de las regiones infernales en Tierra Firme. La imposibilidad de asentamiento en ambos lugares y

por distintos motivos (por un lado el terror al casamiento, y por el otro las terribles condiciones de vida experimentadas en las regiones continentales, casi inexploradas) lo llevarán a ir y venir de la isla al continente en un movimiento pendular que sólo cesará con la funesta decisión de alcanzar la “provincia de Venezuela”.

3. *Creo que en el infierno no hay pena mayor.*

El viaje a Venezuela y Nuevo Reino de Granada ocupa el cuerpo central y final del texto —que quedó, por otra parte, inconcluso— y se extendió desde 1544 a 1553. El relato del viaje a Tierra Firme es precedido por la descripción de Nombre de Dios y Panamá, ciudades cuyos tintes infernales funcionan, en la economía del texto, como indicios de mayores desventuras. En Panamá, “inferno più che terra del mondo”³⁸ (39), se subvierten las normales leyes de la existencia humana y de la economía, dos ámbitos puestos por Cei en el mismo plano: por un lado el clima infernal afecta la fertilidad femenina, pues los pocos embarazos terminan con la muerte del niño, y por el otro los mercaderes, lejos de su acostumbrado ajetreo, observan la más absoluta inmovilidad “para no sudar”, cuidando de no retener la mercancía en tránsito, pues se perdería por la humedad. “E così vi si fa gran guadagni o gran perdite”³⁹ (39) resultando trastornadas las normales leyes del mercado: casas miserables de madera y tejas “costono carissime”; la hierba para el mantenimiento de los caballos cuesta entre 4 y 5 reales al día, etc. La mirada del viajero se detiene en los detalles destinados, más que otros, a llamar la atención de su auditorio de mercantes.

Lo que define el rasgo infernal de esas regiones es la humedad, para cuya descripción Cei despliega distintas estrategias de credibilidad. Por un lado, la humedad funciona como disparador de anécdotas mínimas y espeluznantes: “In 20 giorni vi stetti infradicai 2 paia di pantufole, un panno molle, lasciato di giorno dove non dia el sole, cacandovi su le mosche s’empie di vermini”⁴⁰ (39). El fenómeno climático notable, sustraído de una retórica descriptiva capaz de abarcar su totalidad, se reduce aquí a la dimensión cotidiana de sus nimios efectos en la experiencia personal. En otro orden, la siniestra fascinación hacia las lluvias tropicales da lugar a una notable descripción que, en la prosa llana y coloquial de Cei, destaca singularmente: “Piovevi certe acque rovinose, con tuoni, baleni e saette infinitissime, tuoni che aprono le finestre delle case, una cosa spaventevole, et subito si scopre el sole che abbruscia ogni cosa”⁴¹ (39). La acumulación de imágenes, lograda a través de la yuxtaposición de acciones opuestas —mojar/quemar— produce en el lector una suerte de visión inducida, cuyo efecto de realismo es amplificado por el contraste entre la abundancia de adjetivos —*rovinose, infinitissime, spaventevole*— en la primera parte de la descripción, y la casi total ausencia de modificadores en la segun-

da. Lluvias y sol comparten, así, el rasgo semántico de la implacabilidad y la inclemencia con idéntica eficacia.

De nuevo el agua le sugiere a Cei las más explícitas comparaciones infernales en la descripción del valle del Orinoco y de las montañas del Nuevo Reino de Granada, camino a Santa Marta. Allí “pare proprio uno inferno”⁴² (121): las aguas turbias de los ríos, ricas en azufre de los montes, producen en el viajero florentino la impresión de haber llegado directamente a la laguna Estigia.

“Cosidetta acqua è di malo odore, con certa spiuma così che mi parve proprio entrare nella palude Stigia, con quelli Indi tutti igniudi, dipinti, remando in piedi, mezzi zucconi, che parevano diavoli, et noi le anime che menassino a tormentare”⁴³ (122)

Al reproducir la iconografía del infierno dantesco –los indios desnudos y cabezones como otros tantos Carontes, y los conquistadores a su merced, reducidos a almas en pena– Cei abandona el intento realista para lograr un efecto eminentemente paródico. Su viaje, dada la imposibilidad de desplazarse en las direcciones deseadas, se había estancado en círculos concéntricos y en trabajosos recorridos por las costas septentrionales de Venezuela y el Nuevo Reino de Granada. Cei tocaba ahora con mano, en el viaje de la memoria, el agudo sinsentido de su aventura, y remitía al repertorio de la *Comedia* para figurarse su personal descenso a los infiernos. En un *crescendo* de despecho y horror cada centro habitado en esa parte de continente explorada por Cei se convertía en una ciénaga infernal –“che sono popoli non vi vorrei stare dipinto”⁴⁴ (124)– en la que detener aquel inútil y penoso caminar significaba, como en la admonición dantesca, la perdición de su alma: “quella vita lasciva e licenziosa è un vischio che allaccia li più che la pruovono”⁴⁵ (124). Las penas del infierno, en el puerto de Malambo, son causadas ya no por los terribles diablos, sino por molestos mosquitos: “credo nell’inferno non sia maggior pena: [...] chi rideva, chi cantava, chi bestemmiava et chi piangeva, sino all’Indi si adiravano, che vi sono avvezzi”⁴⁶ (124). Los fastidiosos insectos toman el lugar de los demonios dantescos, y llevan a indios y conquistadores a acciones extrañas y alocadas, ofreciendo una imagen irrisoriamente ridícula del campamento europeo.

La parodia dantesca es indicio de la relativa autonomía del italiano respecto de las comunes condiciones de la escritura testimonial española. Su bachtiniana condición de “extralocalidad” (Crovetto) con respecto a las contrapuestas Repúblicas de Indios y de Españoles le permite una gestión más libre de la escritura: donde el español usa de la probanza de méritos y servicios, el italiano se atreve a una mirada lúcida y desencantada, a veces irónica, de su propia mala suerte e incapacidad de dominar el medio; donde el destinatario político-institucional obliga al español a expresarse bajo licencia, el italiano entretiene un auditorio curioso y despre-

ocupado, formado “così da amici come nimici [...] per tenere di che ridere”⁴⁷ (1).

Las anécdotas graciosas, frecuentemente precedidas por anuncios explícitos de su materia cómica –“et quivi m’accadde una cosa da ridere [...]”⁴⁸ (44)– colocan en el primer plano al personaje-Cei, a la vez que subrayan el autobiografismo intencional de la narración. Una comicidad muy acorde con la tradición literaria popular florentina caracteriza algunas de las anécdotas intercaladas en el viaje. En las sabanas de Carora, por ejemplo, Cei captura a una mujer indígena que, para liberarse del europeo, “si pose una mano al sedere et, scaricando el ventre, m’impaniò con essa tutto el viso, di modo che [...] per il puzo mi gettai nel laghetto a capo innanzi, dove al romore corsono li altri et feci loro di me uno bello spettacolo, e la india si fuggì e vi fu che ridere”⁴⁹ (44). La trivialidad de la escena es disparadora de una comicidad casi boccacciana e inmediatamente perceptible por el público florentino.

Con todo, el viaje que ocupa el cuerpo central del relato es narrado como una verdadera y dramática epopeya del hambre y de la pobreza. Para empezar, la provincia de Venezuela, ofrecida por la corona española en concesión a los Welser, es una tierra paupérrima –“oggi è più povera che mai”⁵⁰ (41)– a pesar de la fabulosa y malograda inversión de los banqueros flamencos. La expedición de Bartolomeo Welser y Philippe Hutten, respectivamente hijo y capitán general del mayor inversionista flamenco, había terminado con la muerte de los dos por mano del gobernador Juan de Carvajal, jefe de la expedición de la que participaba el propio Galeotto Cei, cuyo relato se convierte en una de las fuentes de primera mano del conocido acontecimiento. También en este caso, la codicia y salvajismo de los españoles, en la visión de Cei, es obstáculo para la explotación y la rentable administración del territorio.

La ciudad de Coro, un tiempo sede de un rico cacique, ha perdido ya su magnificencia por causa de la destrucción operada por los colonizadores. Asimismo, en las regiones de la laguna de Maracaibo y del valle de Barquisimeto los colonizadores no tienen otro recurso que el robo sistemático de alimentos a los indígenas. La fundación del pueblo de Tocuyo, emprendida para asentar animales y mujeres y salir a nuevas exploraciones, no es sino una tentativa de imponer una débil racionalidad humana en un territorio plenamente salvaje.

En Venezuela, para sobrevivir, Cei se ve obligado a adquirir habilidades cada vez más bajas y alejadas de su condición de comerciante. Marcando un rápido e inexorable descenso social, Cei se improvisa pescador, cazador, herrero, aprende a reprimir su repulsión y a curar las llagas purulentas de los animales, a fabricar alpargatas de cuerda, a hacer quesos y manteca, a explorar el cuerpo de las gallinas en busca de huevos, a soportar el hambre hirviendo hierbas del camino, dado que “non c’è miglior maestro

che la necessità”⁵¹ (43). En Tocuyo, su viaje se estanca. Primero Juan de Carvajal, y después el juez de residencia Juan Pérez de Tolosa, le niegan el permiso de seguir camino hacia el Nuevo Reino de Granada para llevar y vender su ganado. Las desastrosas salidas de exploración a la laguna de Tacarigua organizadas por Pérez de Tolosa, quien persigue claramente el mito de Eldorado, llevan a Cei a reconsiderar no sólo la veracidad del oro de Indias, sino la verdadera naturaleza de las riquezas del nuevo continente. Frente a la perspectivas de nuevas y alucinadas expediciones, Cei opone la razonable consideración de su estado actual. A los pocos años de la fundación de Tocuyo, el laborioso exiliado florentino poseía suficientes caballos, indios, ropa, pollos, vacas, huertas, como para no querer moverse más:

“attendendo a mia bestiami et a domare puledri, a seminare et lavorare et, con le mia mani, fare gore et raccolte d’acqua per annaffiare la terra. Facevo un poco d’orto seminando poponi, cetriuoli, zucche, fagioli, radice e raccoglievo già el grano mi bisognava [...]”⁵². (54)

El caminar se había revelado inútil. Su motor principal, el mito, se deshacía y se desvanecía a cada paso, aflojando la marcha: “pare dove noi pongiamo il piè finisca ogni bene”⁵³ (93). La condición sedentaria, que es la negación misma del viaje, desmentía el mito del oro al mismo tiempo que develaba la verdadera riqueza de las Indias. Cei, desde su condición de comerciante fallido, insinúa claramente que la auténtica riqueza del continente reside en las posibilidades de explotación agrícola y ganadera, descuidadas por causa del espejismo áureo y de la insalvable improductividad hispánica. El personaje Cei, convertido en protagonista de un verdadero relato de formación, se presenta aquí como *exemplum* de esa productividad que su oficio de origen, el comercio, no preveía, pero que logra desarrollarse a lo largo de sus peripecias, confirmando la culpable ineptitud de los españoles frente a la sana y concreta laboriosidad de los italianos.

Es a partir de esas consideraciones que Cei ahonda un sistemático proceso de desmitificación del Nuevo Mundo. En el lugar que prometía oro, según las palabras de los indios amigos, sólo se encuentran otros indios, feos pero buenos agricultores: “arrivati al luogho della grande notizia di ricchezze [...] pensai trovarvi più gran tesoro del Perú. Vi trovammo una gran quantità d’Indi chiamati Coiccas, molto bestiali e brutti, ma gran coltivatori”⁵⁴ (53). El habitual equívoco semántico ligado a la palabra “riqueza” hace que los españoles interpreten las palabras de los indios identificando impropriamente la riqueza con el oro, cuando los mismos indios, en la visión de Cei, con su tosca y elemental sabiduría, quieren significar “maiz e altre radici buone da mangiare, dove l’oro non era buono”⁵⁵ (53).

Pero la refutación del mito pasa también por desmentir fábulas y leyendas difundidas expresamente por los españoles:

Dall'altra parte di questo fiume sono, secondo riferiscono, popolazione grande d'Indi et ricchezze, ma non se ne sa il certo et quivi dicono essere Indie come le Amazzone, ma sono comparatione spagniole. Secondo m'è stato riferito da chi v'è stato, sono Indie che vanno alla guerra con loro mariti, portando loro arme e servendoli come fatto le Thedesche et Sguizzere [...] ma li spagnoli, per magnificare le cose loro, attrarre gente e andarvi, dicono simile cose: domandando loro che cosa furono le Amazzone, de mille è uno non lo sanno, tanto sono ignoranti"⁵⁶. (58)

Las amazonas no son otra cosa que humildes indias que acompañan a sus hombres a la guerra, como hacen, en Europa, las alemanas y las suizas. El mito surge de la ambigua “comparación española” que establece la identidad entre realidad indiana y mito clásico a fin de atraer con el engaño a otros alucinados conquistadores. Por si esto fuera poco, a la desmentida del mito por medio del análisis de su origen meramente retórico – la comparación – Cei añade la ridiculización de sus enunciadores: el español común ignora qué fueron realmente las amazonas en la literatura clásica y así perpetúa el engaño del que es divulgador ingenuo.

Del mismo modo, Cei echa una sombra de duda sobre otras creaturas fantásticas encontradas por viajeros y cronistas españoles, como ciertos monstruosos hombres marinos que atacarían las embarcaciones europeas: “Io non ho mai visti et questa cosa ve la vendo come la comperai”⁵⁷ (120).

El desencantamiento del Nuevo Mundo surge claramente en Cei de la banalización sistemática de lo notable, con el fin de demostrar lo anunciado en el incipit: que las Indias, país tan grande, lejos de compartir en todas sus partes las riquezas del Perú “invero non sono così, ma di molte et infinite poverissime”⁵⁸ (1).

4. Si quisiera, supiera o pudiera contaros.

En la dedicatoria a Bartolomeo Delbene, Galeotto Cei hace referencia a las circunstancias y condiciones de la escritura del *Viaggio* ofreciendo una definición tipológica de su texto: “In questo mio *protocollo* –anuncia– *farò memoria* di alcuni costumi delli naturali, di semi, radice [...]”⁵⁹ (1). Hacia el siglo XVI, el vocablo italiano *protocollo*, antiguamente el registro de las actas de un escribano, indicaba propiamente la libreta en la cual se anotaban datos, nombres, noticias, y podía usarse también en sentido irónico para disminuir el valor de un texto (Battaglia: s.v.). El *Viaggio* se presenta, entonces, como un conjunto de apuntes redactados a posteriori, cuando ya la experiencia del viaje se ha concluido. Datos topográficos y mercantiles, nombres y descripciones de objetos, cronología de acontecimientos notables, constituyen el esqueleto textual y sintáctico alrededor del cual surge el relato que recons-

truye la experiencia memorable. La *excusatio* que sigue a la definición del texto es consecuente con esa tipología de discurso:

non tanto particolarmente come harei possuto fare là dove mi mancò la voluntà, non pensando mai tornare, et ancora fogli, et di più, per farlo in modo vi avessi qualche piacere, mi bisognaria avere qualche disegno et geografia, dove non lo seppi mai et tanto più quando vi andai, che mai avevo visto né sfera, né tolemeo, che ogni poco di pratica ne havessi hauto harei possuto fare un compendio di molte cose utile et dilectevole.⁶⁰ (1)

Según la *excusatio*, la reconstrucción y descripción del Nuevo Mundo no ha sido lograda de forma tan detallada y completa como el narrador hubiera querido si se hubiesen dado distintas condiciones de escritura. Durante el viaje, simple y llanamente, Cei no tuvo ganas ni hojas a disposición para poner por escrito lo que le pasaba y veía a medida que iba avanzando en la marcha y, hecho aún más importante, Cei admitía carecer por completo de nociones teóricas previas con las que organizar su relato. En realidad, la propia voz del narrador desvaloriza a cada instante el conocimiento adquirido por los libros, para afirmar la validez de la experiencia como generadora del único saber verdadero y útil. Su credibilidad de testigo ocular se construye, además, a través de su afán de corrección de las noticias falsas o imprecisas sobre las Indias difundidas por los libros: en la Hispaniola “cotoni non vi si ricoglie [...] ancora che nelli Ptolomei nuovi dichino di sì, et altre diverse cose ch’io non vi ho visto et mi meraviglio a credere così facilmente et più stamparlo”⁶¹ (5). La cultura de los libros tampoco se revela útil para la supervivencia en territorios desconocidos. Al ver un perro con síntomas de rabia, el personaje-Cei, que ignora la literatura médica en materia, se comporta de manera arriesgada, y sin embargo “se havessi letto Dioscoride allora come adesso, a tali segni lo harei tenuto per arrabbiato et l’harei morto, ma, arrivato a un’acqua, ve lo gittai dentro [...] alla fine bevve e tornò in sé”⁶² (26).

Dado su preponderante componente fáctico, el relato del viaje se configura por sí mismo como una afirmación del valor de la experiencia por sobre el saber de los libros. Y la experiencia, que en el viaje de Cei es ante todo su propia trágica vivencia personal, tiene inevitablemente la realidad observada de la subjetividad del descriptor, continuamente aludida en el texto: “a me piace assai”; “io non ne bevvi mai”; “io stetti là 10 anni avanti ne bevessi”, “li avevo schifi e mai ne mangiai”⁶³ (18), etc. La relectura de la experiencia personal, como acto de la memoria y de la escritura, recrea el yo sustrayéndolo de la confrontación con las circunstancias extratextuales, y lo redime del fracaso existencial.

El relato de Cei no obedece a las instrucciones que, en varias ocasiones, cédulas reales y ordenanzas del Consejo de Indias im-

partieron a cronistas e informantes españoles para organizar la materia indiana y articular una retórica descriptiva específica (Al-tuna, 15-50). La materia de la descripción está organizada más bien según una jerarquía de valores impuesta por el código mercantil asumido por el florentino (Pastor), que privilegia los aspectos de la realidad observada con criterio utilitarista y selecciona lo curioso o notable de acuerdo a las expectativas del destinatario implícito. Sin embargo, Cei comparte todos los estereotipos difundidos por varias décadas de literatura sobre el Nuevo Mundo, y reproduce la *vulgata* sobre lo nuevo y lo otro insertándose en un sistema de escritura a eco (Cardona): las mujeres indígenas, cuya desnudez a partir de la *Mundus Novus* de Vespucci había cumplido el desplazamiento semántico de la inocencia a la lujuria (Surdich, 1997), son inevitablemente descritas como lujuriosas; las españolas, cuyos hábitos según la misma *vulgata* degeneran en las tierras calurosas, practican la promiscuidad sexual; los indios, cuya naturaleza ya no gozaba más de la primitiva connotación edénica que les había atribuido Pedro Mártir, son tan perezosos “che bisogna pregarli un anno in cavarli di casa”⁶⁴ (18), etc. Es sobre todo la mirada antropológica la que está mayormente influida por el filtro de las lecturas previas, que Cei no confiesa abiertamente, pero que su escritura delata a cada paso.

Experiencia fundacional para la construcción de la moderna identidad europea, el viaje es móvil y disparador de un género supranacional que aparece ya consolidado y codificado en el siglo XVI. Las tipologías que se definen después de la apertura del horizonte geográfico occidental son herederas de una tradición escritural ligada, a partir del siglo XII, a exigencias puramente utilitarias y mercantiles. Los portolanos y otros textos informativos sobre las características y la circulación de la mercancía en un espacio geográfico definido, van desarrollando una específica retórica de la descripción hasta llegar a conjugarse con cierta intención literaria, aunque no necesariamente autobiográfico-experiencial, inaugurada por Marco Polo (Cardona). Las estrategias mentales y mnemónicas destinadas a la observación de espacios geográficos *otros*, presentes en esa tradición textual de tipo informativo, son las mismas que siguen actuando como principio organizador, más o menos oculto, de relatos como el de Galeotto Cei. En este sentido, el código mercantil del que habla acertadamente Beatriz Pastor no es simplemente una óptica o una perspectiva cultural con la que los viajeros europeos observan la realidad indiana, sino una verdadera forma textual codificada, presente de manera especial en las tradiciones ibérica e italiana. La sucesiva formalización de ese género textual impulsada en España por las ordenanzas del Consejo de Indias, no desplazó esa antigua tradición, pero sí hizo que fuera más evidente en los relatos de viajeros italianos, no sometidos

dos a las leyes retóricas impuestas por el imperio, cuyo ejemplo es justamente el texto de Cei.

El código mercantil con el que Cei organiza la descripción se hace patente con la transformación del objeto observado en mercancía, y en la minuciosidad de los detalles tarifarios brindados por el autor: “Vale detta carne, nella vaccheria di Santo Domingo, 2 o al più 3 maravedis l’arrelde, che sono danari 64”⁶⁵ (19); “Sono dette vacche a buon mercato che, chi ne volesse comperare quantità et corressino danari, sarieno a manco di un ducato el capo”⁶⁶ (20); “et questo potriano chiamare fico d’India e tenerlo in prezzo, et non la tuna”⁶⁷ (32). Los ojos del italiano, que de acuerdo con Mary Louise Pratt podrían definirse *imperiales* por más que él no sea emisario directo del poder colonizador, establecen relaciones inmediatas de dependencia y dominio, en términos de explotación económica, entre lo observado y el propio lugar de enunciación, que en las zonas estratégicas del texto no deja nunca de ser Europa.

Sin embargo, las técnicas mnemónicas y retóricas que Cei tiene a disposición, en tanto heredero de una específica tradición textual, se revelan insuficientes para la descripción de la realidad americana. Percibida como inadecuada por su autor, la descripción necesita constantemente de integraciones no verbales al margen del texto: “Se volessi, sapessi, o potessi contarvi le spezie delle palme di queste Indie et frutti loro vi faria d’esse un bosco, ma bisognaria essere sul luogho et essere buon dipintore, et io lo sono quale voi vedete”⁶⁸ (103). De hecho, numerosos dibujos al margen, a los que remite el autor en el fragmento citado, complementan en casi cada folio del manuscrito los contenidos del texto, revelando la insuficiencia del código descriptivo que fue constituyéndose en siglos de literatura de viajes. La nueva realidad reclamaba ya un afinamiento del código y una reformulación del género de viaje que en Italia, contrariamente a lo que iba a ocurrir en otros sistemas literarios, quedará al margen del canon culto a pesar de su extraordinaria producción en términos de cantidad y calidad.

El texto de Cei, en conclusión, aporta una visión sensiblemente enriquecedora respecto a la de otros viajeros italianos en Indias, pues formula una condena funcional y pragmática de la conquista española, en tanto improductiva, y una desvalorización simétrica de todos sus actores en campo: conquistadores, religiosos e indios. Gracias a la postulación de la centralidad del yo, al uso de una prosa ágil que facilita el sometimiento de la escritura a todos los desplazamientos del sujeto, no sólo los geográficos, a un ritmo narrativo capaz de sostener en todo momento la atención del lector, y, en general, a una gestión más libre de la escritura respecto a otros modelos del género, el texto de Cei constituye un fragmento irrenunciable del corpus de la literatura europea de viajes al Nuevo Mundo.

NOTAS

1. “oggi da 14 anni in qua, a riquisitione di un frate, non vuole l'imperatore siene [ereditari i ripartimenti], ma, morto el padrone, che ricaggino alla corona, di dove è seguito la ribellione e tante morti nel Perù” [desde hace 14 años, por causa de la requisitoria de un fraile, el emperador no quiere que sean (hereditarios los repartimientos), sino que, después de muerto el dueño, (quiere) que vuelvan en posesión de la corona, de lo que siguió la rebelión y tantas muertes en el Perú.] (Cei: 11). De ahora en adelante la obra de Cei se indicará en el texto como *Viaggio*. Las traducciones al español de las citas de *Viaggio*, que aparecen en nota y entre corchetes, son mías. Si Cei se refiere aquí a la abolición de la herencia de la encomienda establecida por las Leyes Nuevas en 1542, y si desde ese momento han pasado 14 años, es plausible entonces que Cei esté escribiendo, por lo menos esa primera parte del manuscrito, en 1556.
2. Se trata de *Dell'origine e progressi della famiglia Cei*, nota autobiográfica de Galeotto Cei, edición al cuidado de Ausilia Roccatagliata, en Cei:132-147.
3. [Acá en Normandía].
4. [Al muy magnífico y honorable señor Bartolomeo Delbene].
5. Niccolò del Benino (también Nicolao de Albenino o Nicolás del Venino) había llegado a las Indias en 1534 con la expedición de Simão de Alcazaba dirigida a la Patagonia. En el Perú participó en la pacificación de la rebelión de Manco Cápac II, fue implicado en la guerra civil en el bando pizarrista, y finalmente se quedó en la Villa Imperial como dueño de una de las más importantes vetas argentíferas. Es autor de una *Verdadera relación de lo sucedido en los Reinos y Provincias del Perú desde la ida a ellos del Virrey Blasco Núñez de Vela hasta el desbarato y muerte de Gonzalo Pizarro*, publicada en Sevilla en 1549 y editada modernamente por José Toribio Medina en 1930, y de una *Relación muy particular del cerro y minas de Potosí y de su calidad y labores*, de 1573 (publicada en 1985, en *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid. II: 97-98). Luis Capoche lo menciona en su *Relación general de la Villa Imperial de Potosí* (1959. Madrid: Biblioteca de autores españoles. CXXII: 60-241). Cfr. al respecto Porras Barrenechea: 25-27; y la introducción de Surdich en Cei: IV-V y n.10.
6. La copia manuscrita de la carta se conserva en la Biblioteca Nacional de Florencia y aparece editada integralmente, al cuidado de Andrea Miroglio, en Collo – Crovetto: 525.545.
7. El tono melancólico se manifiesta sobre todo en las reiteradas expresiones del deseo de volver al lugar de origen, deseo compartido por el mismo Cei: “Gran desiderio ho di tornare in Europa, se non per altro per dar fine a tante fatiche e attendere solamente alla conservazione della vita che resta a sotterrare quest'ossa con quelle de mia antepassati [...]” [Tengo un gran deseo de volver a Europa, no por otra cosa sino para poner término a tantos trabajos y ocuparme nada más que de la conservación de la vida que me queda, y enterrar mis huesos junto con los de mis antepasados ...]. Niccolò, además, demuestra estar particularmente enterado de las vicisitudes de Cei: “Questo perché conosciate el conto che sempre ho tenuto di voi e di sapere nuove di poi che passai a queste parte: vi ne darò conto di quello ho inteso. Seppi e intesi [...]” [Todo esto para que sepa de la gran consideración en que siempre tuve a Ud. Y de (como me preocupé) de tener noticias suyas después de que me vine aquí: y ahora le rendiré cuenta de lo que supe. Supe

- y me enteré... (sigue una síntesis de la biografía de Cei)] Del Benino: 544.545. De la precisión de las noticias sobre Cei demostrada en la carta, surge la hipótesis que Del Benino leyó el *Viaggio*, o que estuviese informado por el destinatario de ese texto, es decir, por su pariente Bartolomeo.
8. En su carta, Niccolò se apresura, por ejemplo, a brindar al amigo Cei noticias sobre la salud y la fortuna de un connacional conocido, para que a su vez Galeotto las refiera a sus familiares: “In questa città si trova Amerigo Biliotti, figlio di Giovanbattista [...] sta bene e possiede 5 o 6 mila pesi d’oro [...] datene nuove alli sua” [En esta ciudad se encuentra Amerigo Biliotti, hijo de Giovanbattista (...) Está bien, y posee 5 ó 6 mil pesos de oro (...)] Dele noticias a los suyos] Del Benino: 545. Asimismo, el propio Cei en el *Viaggio* menciona a Niccolò y otros florentinos en varias ocasiones, para satisfacer la curiosidad de los antiguos compañeros que nunca habían dejado Europa. Cei: 76 y 120.
 9. [que nunca faltan algunos que quieren saber cosas de allá, justo y honesto deseo].
 10. [Yo escribo esto para quien Ud. quiera, y no para otros].
 11. [Como si fuera causa de deshonor volver de allá sin un gran tesoro].
 12. [Los muchos que todavía piensan que toda la India es el Perú, o que el Perú es toda la India, se equivocan].
 13. Es de 1534, apenas unos meses después de su redacción original, la traducción italiana, editada en Venecia, de la carta de Gaspar de Espinoza sobre la conquista del Perú. La traducción italiana inaugura, con su hiperbólica interpretación de las ya deslumbrantes riquezas descritas en el original, uno de los mitos americanos más duraderos en Europa. El mismo Espinoza había previsto con lucidez lo que efectivamente Cei habría de experimentar: la llegada a las Indias de extranjeros alucinados por el mito y el peligroso abandono de las rutas comerciales ya establecidas en las colonias, para perseguir el espejismo peruano. Crf. Gerbi: 29 *et passim*.
 14. [No muchos días ya pasaron,/ desde que de las últimas partes de poniente/ ricos volvimos a Florencia .../ Las islas del Perù se llaman,/ donde adquirimos el *gran tesoro*:/ estas piedras se llaman esmeraldas .../ estas varas son de plata y oro ... –cursiva agregada.]
 15. La obra había sido publicada en España en 1552, y nada impide hipotizar que Cei la haya leído durante su estada en Sevilla en 1553, antes de marcharse a Francia e Italia.
 16. [Si el rey hubiera aplicado este remedio desde el principio (la prohibición de esclavizar a los indios) la mayor parte de la India no estaría *destruida* como lo está hoy –cursiva agregada.]
 17. ¹ [Todo se lo llevaba el diablo, como cosa de mala adquisición]. Según Gerbi es justamente Las Casas, en *El octavo remedio*, el primero en definir el nexo teológico entre la culpa de la codicia y la maldición del oro mal cobrado. (Gerbi:100-101).
 18. “[Gli indi] consultorno era meglio vivere et cavare oro che morire per avere a fare al tanto o più, et restorno stupiti e in la loro misera servitù” [(Los indios) se consultaron (y decidieron) que era mejor vivir y excavar el oro que morir y hacer otro tanto o más, y quedaron atónitos y en su misera esclavitud] (Cei: 10). El episodio tiene similitudes evidentes con el que está contado en la *Brevísima destrucción* [...]: “Él [Hatuey], pensando un poco, preguntó al religioso si iban cristianos al cielo [...] Dijo luego el cacique que no quería él ir allá sino al Infierno, por no estar donde estuviesen” (40).
 19. [si no fue verdad, es una buena invención].

20. Los suicidios colectivos de indígenas son, por otra parte, fenómenos conocidos y atestiguados en muchas crónicas contemporáneas. Girolamo Benzoni afirma por ejemplo: “gli Indiani della Spagnuola per non servire ai Cristiani si andavano a impiccare alle boschi” [los Indios de la Hispaniola para no servir a los Cristianos se iban a colgar en los bosques] (61).
21. [los españoles no son personas que quieran experimentar, sino que son toscos, y así pierden mucho ...].
22. “è causa principale non si discopre più, che non sono li huomini tanto goffi voglino porsi a pericolo per altri” [esa es la causa principal por la que no se descubre más, porque los hombres no son tan estúpidos de querer ponerse en peligro para otros] (Ce: 12).
23. [Fue el maltrato hacia los Indios, y como se destruían siendo ellos prójimos nuestros, el motivo por el que realmente era honesto y justo poner orden e impuestos a sus tributos y servicios; pero quitar a los pobres cristianos el sudor de su frente para apropiarse de sus frutos fue cosa cruel e inhumana que el fraile puso en la cabeza del rey].
24. El memorial autógrafo, cfr. aquí nota 2, era conocido desde hace mucho antes que el relato de viaje, y se conserva en el Archivio di Stato de Florencia.
25. Así lo anuncia Ce: en el mismo memorial: “Le cose viste et passate in questo mio viaggio d’India sono scripte per minuto particolarmente nel libretto fatto di detto viaggio” [Las cosas vistas y sucedidas en este viaje mío a las Indias están escritas en detalle y particularmente en el librito hecho sobre dicho viaje] (143).
26. [y me quedé sin dinero ni crédito y mal parado, de modo que puedo decir que me quedé desnudo, que fue la *primera vez* –cursiva agregada.]
27. [que fue *la segunda vez* que me encontré “infantem nudum”], cursiva agregada.
28. ¹ La desnudez de Ce: es, en ese sentido, paralela a la del naufrago Alvar Núñez: la desnudez del naufrago es la condición que posibilita su formidable capacidad de adaptación, y que define al “Nuevo Mundo” como posible lugar de enunciación al lado de “España” y de “España trasladada”. Cfr. el profundo análisis de Pranzetti: *passim*.
29. [por desesperado y pobre ... me fui a las Indias y, para no tomar del todo el camino de la desesperación, me fui como mercante].
30. “La tragedia della vita mia” [La tragedia de mi vida], define Ce: su propia existencia (141).
31. [dos años sin salir, disfrutando mucho, en los que atendí, más que a otra cosa, a la guerra contra los franceses].
32. [yo quedé *vestido de marinero*, con una espada y un escudo, y mi esclavo –cursiva agregada.]
33. [Tenía un caballo en el establo con dos esclavos; estábamos en la misma casa Giovanni Soderini, Mauro Fantoni y yo ...].
34. [para huir de esas molestias empecé a hacer viajes bajo distintos colores].
35. [por primera vez estuve de *carretero*]; [no me hubiera avergonzado frente a un *herrador*]; [nunca había actuado como mercader, sino como *soldado y mercader* –cursiva agregada.]
36. [cargada con todos los bienes del mundo].
37. [al ser siempre molestado para tomar mujer, decidí irme al Perú, que era lo que yo deseaba].
38. [infierno, más que tierra del mundo].
39. [y de esa manera se obtienen grandes ganancias o grandes pérdidas].

40. [en los 20 días que estuve se me pudrieron dos pares de pantuflas; una tela de paño, si se la deja de día donde no le dé el sol, cagando sobre ella las moscas, se llena de gusanos].
41. Llueven ciertas aguas ruinosas, con truenos, relámpagos y fulgores infinitísimos, truenos que abren las ventanas de las casas, una cosa espantosa, y de repente el sol se despeja, y quema todas las cosas].
42. [parece realmente un infierno].
43. [El agua susodicha tiene mal olor, con cierta espuma que me pareció realmente entrar en la laguna Estigia, con esos indios todos desnudos, pintados, remando de pie, medio pelados, que parecían diablos, y nosotros las almas que conducían a la tortura].
44. [que son pueblos donde no quisiera estar ni pintado].
45. [esa vida lasciva y licenciosa es como vino que ata a la mayoría de los que la prueban].
46. [Creo que en el infierno no hay pena mayor: ... quién reía, quién cantaba, quién maldecía y quién lloraba, hasta los indios se enfadaban, por más que estén acostumbrados].
47. [tanto da amigos como de enemigos ... para reírse de algo].
48. [Y acá me pasó una cosa para reírse ...].
49. [se puso una mano en el culo y, descargando el vientre, me ensució con ella toda la cara, de manera que ... por el mal olor me tiré al lago boca abajo, y por el barullo acudieron los otros e hice de mí un lindo espectáculo, la india se escapó y tuvimos de que reírnos].
50. [hoy es más pobre que nunca].
51. [no hay mejor maestro que la necesidad].
52. [atendía al cuidado de mi ganado y a domar los potros, a sembrar y trabajar y, con mis propias manos, excavaba pozos y recogía el agua para regar la tierra. Trabajaba un poco la huerta sembrando pimientos, pepinos, calabazas, frijoles, raíces y ya cosechaba el trigo que necesitaba ...].
53. [Parece que donde nosotros apoyamos el pie se agotan todos los bienes].
54. [llegados al lugar de la gran noticia de riquezas ... yo pensé que íbamos a encontrar un tesoro mayor que el Perú. Encontramos una gran cantidad de indios llamados Coiccas, muy bestiales y feos, pero grandes cultivadores].
55. [maíz y otras raíces buenas para comer, que (el oro) no es bueno para eso].
56. [Del otro lado de este río, según lo que refieren, hay una gran población de indios y riquezas, pero no se sabe si es verdad y dicen que allí las Indias son como las Amazonas, pero son comparaciones españolas. Según lo que me dijeron los que fueron, son Indias que van a la guerra con sus maridos, llevándoles las armas y sirviéndoles, como hacen las Alemanas y las Suizas ... pero los españoles, para agrandar sus cosas, atraer a la gente e ir a esos lugares, dicen esas cosas: si uno les pregunta qué fueron las Amazonas, de mil sólo uno lo sabe, de tan ignorantes que son].
57. [Yo nunca los vi, y esta noticia os la vendo así como yo me la compré].
58. [en verdad no son así, sino muchas e infinitas son paupérrimas].
59. [En este protocolo mío, haré memoria de las costumbres de los naturales, de las semillas, raíces ... –cursiva agregada.]
60. [no tan detalladamente como habría podido hacer ahí, donde me faltó la voluntad, ya que no pensé que iba a volver jamás, y (me faltaron) hojas, y además, para poder hacerlo con algún placer, habría necesitado tener algún mapa o noción de geografía, pero nunca supe nada de eso, máxime cuando fui allá, que nunca había visto ni mapamundi ni tolomeo, y si hubiera tenido un poco de práctica habría podido hacer un compendio de muchas cosas útiles y deleitables].

61. [algodón no se cosecha, por más que en los nuevos tolomeos digan que sí, y otras cosas que yo nunca vi, y que me sorprende se puedan creer tan fácilmente y hasta imprimirlas].
62. [Si hubiera leído a Dioscórides entonces como ahora, frente a tales señales hubiera comprendido que tenía rabia y lo hubiera matado, pero, al llegar al agua, lo tiré adentro ... y al final bebí y se recuperó].
63. [a mí me gusta mucho] [yo nunca lo tomé] [yo me quedé 10 años antes de beber de eso] [me daban asco y nunca comí de eso].
64. [hay que rogarles un año antes de sacarlos de sus casas].
65. [Dicha carne vale, en la vaquería de Santo Domingo, 2 o 3 maravedís el arrelde, que equivalen a 64 dinarios].
66. [Dichas vacas son tan baratas que, quien quisiera comprar cantidad de ellas y tuviese el dinero suficiente, valdrían menos de un ducado la cabeza].
67. [esto podrían llamar higo de la India y venderlo caro, y no la tuna].
68. [Si quisiera, supiera o pudiera contaros las especies de palmeras de estas Indias y sus frutos, haría con ellas un bosque, pero necesitaría estar en el lugar y ser un buen pintor, yo pinto como aquí pueden ver].

BIBLIOGRAFÍA

- Altuna, Elena. *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII – XVIII*. Berkeley: Centro de estudios literarios “Antonio Cornejo Polar” - Latinoamericana Editores, 2002.
- Battaglia, Giovanni. *Grande dizionario della lingua italiana*. Roma: UTET, 1988.
- Benzoni, Girolamo. *La natura del Mondo Nuovo*. Al cuidado de Alfredo Vig. Milano: Giordano, [1565]. 1965.
- Cardona, Giorgio Raimondo. “I viaggi e le scoperte”. En: *Letteratura italiana*. Vol. V: *Le questioni*. Torino: Einaudi, 1986.
- Cei, Galeotto. *Viaggio e relazione delle Indie (1539-1553)*. Al cuidado de Francesco Surdich. Roma: Consiglio Nazionale delle Ricerche-Bulzoni, 1992.
- Crovetto, Pier Luigi. “La Spagna, il Nuovo Mondo e l’indio nei testi dei mercanti italiani del Cinquecento”. En: *L’America tra reale e meraviglioso. Scopritori, cronisti, viaggiatori*. Ed. Giuseppe Bellini. Atti del convegno di Milano. Roma: Bulzoni, 1990.
- Del Benino, Niccolò. “Copia di parte di una lettera che scrive Niccolò Del Benino dal Perù a Galeotto Cei [...] cavata di spagnuolo in italiano, en: Collo, Paolo; Crovetto, Pier Luigi. *Nuovo Mondo. Gli Italiani*. Torino: Einaudi, 1992, 525-545.
- Gerbi, Antonello. *Il mito del Perù*. Milano: Franco Angeli, 1991.
- Las Casas, Bartolomé de. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Prólogo de Carlos Díaz. La Habana: Ciencias Sociales, [1552]. 1977.
- Pastor, Beatriz. *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Casa de las Américas, 1984.
- Porrás Barrenechea, Raúl. *Los viajeros italianos en el Perú*. Lima: Ecos, 1957.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes, 1999.
- Pranzetti, Luisa. “Il naufragio come metafora”. En: *Letterature d’America*: 1980. 1, I.
- Surdich, Francesco. “Le Indie occidentali nella relazione inedita di Galeotto Cei (1539-1553)”. En: *Columbeis*: 4. 1990, 325-340.
- . “Lo stereotipo dell’indiana lussuosa nelle prime testimonianze italiane sul Nuovo Mondo”. En: *Gli indiani d’America e d’Italia*. Alessandria: Dell’Orso, 1997.

